

Melitón Moreira

miguel angel rodriguez

Image not found.

Capítulo 1

Melitón Moreira, nacido y criado en un barrio popular de Madrid, de esos de los de ropa tendida en las fachadas y madres que llaman a sus hijos a gritos desde las ventanas, fue el orgullo de sus padres cuando, a los 21 años, aprobó los exámenes para entrar de auxiliar administrativo de plantilla en la Compañía Telefónica Nacional de España.

-Esto es un empleo para toda la vida, hijo mío. De la Telefónica no echan a nadie.>,le repetía henchido de satisfacción, su padre, Teodomiro Moreira, hombre con dotes para el dibujo, que con empleos temporales en agencias publicitarias y encargos de carteles de cine, se ganaba la vida.

Melitón era bajito, de ese tipo de rechonchos de los que no se sabe decir si son gordos o sencillamente desproporcionados, de espaldas y pecho estrecho, vientre abultado y cintura elevada, no era, desde luego, el oscuro objeto del deseo de las féminas de su barriada.

De pelo moreno, tez blanquecina, ojos pequeños, nariz fina y puntiaguda, su expresión carecía de chispa, situándose entre lo pánfilo y lo vulgar, sin definirse claramente por uno u otro terreno

No era un dechado de ingenio ni de sabiduría. Carecía de interés por cualquier cosa relacionada con el estudio, las artes y el conocimiento. Y tampoco destacaba por su gracia ni por su simpatía.

En resumen, un individuo sin atractivo y del que no se conocía ninguna otra devoción que la de conseguir un medio de vida estable con un sueldo fijo a fin de mes.

Sin lugar a duda se encontraba inducido por un deseo que no era suyo sino de su padre, hombre indeciso y timorato, que nunca fue capaz de asumir un compromiso, por falta de carácter, por vagancia o Dios sabe por qué, pero que siempre se quejó de carecer de una seguridad en su medio de vida, aunque él nunca se atrevió ni a plantearla en los lugares donde trabajaba.

Melitón había dedicado dos años de su vida, de los diecinueve a los veintiuno, a preparar los exámenes de ingreso en Telefónica, asistiendo a diario a una academia de oposiciones en la Gran Vía.

Durante todo ese tiempo su vida había sido una gris y monótona rutina de madrugones, autobuses, frías clases y muchas horas delante de un libro fotocopiado en la habitación de su casa con un termo de café. Los domingos se permitía salir a dar una vuelta con sus antiguos compañeros de colegio y solo en contadas ocasiones iba al cine y después se tomaba unas cervezas, entre otras cosas porque su situación económica era precaria, algo que su padre siempre se ocupaba de recordárselo:

- Melitón, para nosotros representa un gran esfuerzo que tú puedas ir a la Academia Pons para prepararte las oposiciones. Mientras estés estudiando tendremos que apretarnos el cinturón, pero ya verás que todo sacrificio tiene su recompensa.

Y así fue. Por fin llegó el momento en que Melitón se sentó delante de la mesa de metal gris de su oficina, aporreó la Olivetti, acató con sumisión las órdenes del jefe de negociado y a final de mes le dieron en mano, todavía no tenía abierta una cuenta en el banco, un sobre ocre con el anagrama de Telefónica en azul, que contenía cincuenta y cinco mil trescientas treinta y ocho pesetas repartidas en billetes de cinco mil, mil, quinientas, cien, una moneda de cinco duros, dos duros y tres pesetillas.

Ese mismo día, a las tres, que era su hora de salida de la oficina, invitó a sus padres a comer unas raciones en el bar del barrio.

Melitón estaba exultante. Eso de pedir lo que te apeteciera sin necesidad de hacer cuentas previas, era una gozada. Además, los vecinos se acercaban a felicitarlo por su nuevo trabajo, casi todos ellos con verdadera alegría y eso le llenaba de satisfacción.

Manolo, el dueño del establecimiento, desde detrás de la barra con su delantal blanco atado a la cintura, le gritó al padre de Melitón:

- ¡Ya estarás contento, Teodomiro! El chico está hecho todo un hombre. ¡Juan- dijo dirigiéndose al camarero que tenía de empleado- ponles unas cervecitas que invita la casa!

Melitón se iba animando cada vez más y después de unas cuantas cervezas, le apeteció tomarse un vino, así que, llevado de la euforia, no dudó en pedirle a Juan que descorchara una botella de Rioja que se podía ver en unos botelleros que colgaban de la pared de detrás de la barra y además pidió un par de raciones de gambas a la plancha.

Cuando había venido al bar en ocasiones anteriores, en alguno de los

pocos domingos que salía, los ojos le saltaban literalmente de las órbitas al paso de los platos repletos de gambas a la plancha, de color naranja brillante, salpicadas de granos de sal gorda así que decidió no privarse ese día de algo que tanto había deseado.

Mientras pelaba las gambas con fruición, su padre, muy cerca de él, comiendo también gambas le habló discretamente, con tranquilidad pero con contundencia:

- Melitón, hijo, todavía eres muy joven y no te das cuenta de muchas cosas. Me parece muy bien que celebres que tienes un trabajo, pero no te creas que lo que haces hoy es lo normal. Un auxiliar administrativo no se puede permitir pedir gambas y un buen Rioja habitualmente. Tu mismo lo comprobarás cuando pagues la cuenta. Si te gusta vivir así, tendrás que trabajar mucho y esforzarte cada día de tu vida por progresar. Entonces llegará el momento que dispondrás de dinero para cosas como las de hoy y hasta mejores. Pero mientras no llegues a esa posición, hijo mío, tienes que tener los pies en la tierra y estar en el sitio que te corresponde. Todo lo que no sea así solo te puede causar desequilibrio y malestar.

- <Pero Papá, si solo estamos tomándonos unas raciones en el Bar de Manolo, protestó Melitón.

-Ayyy hijo mío, tu hazme caso y quédate con lo que te he dicho. Se empieza por aquí y luego no sabes hasta donde llegas., dijo Teodomiro, dando por concluida la charla.

Aunque Melitón no fue consciente de ello, las palabras de su padre en aquellos momentos le calaron tan hondo que le marcaron su vida para siempre.

Teodomiro, aunque incapaz de decidir por él, lo hacía en nombre de su hijo sin ningún escrúpulo.

Melitón siguió yendo a trabajar todos los días a su oficina de Telefónica. Siempre presumió de no haber faltado ni una sola vez al trabajo, ni siquiera por enfermedad, con la única excepción de la semana de baja que tuvo que coger, muy a su pesar, cuando le operaron de apendicitis.

No era un hombre brillante, pero era seguro, constante y sobretodo de fiar. Con el tiempo, se fue creando su sitio en la compañía y le fueron dando puestos de mayor responsabilidad que él iba aceptando sin rechistar, sin exigir compensaciones, aceptaba siempre lo que le ofrecían sin regatear y con una sumisión rayana en la vocación militar o religiosa.

Con esta actitud fue subiendo puestos dentro del escalafón de una

organización que valoraba más el servilismo que el ingenio o la creatividad.

Con treinta y cinco años, Melitón ya era jefe de zona de los centros de cálculo y facturación de la compañía y con la categoría de Director, sus ingresos ya fueron suficientes para dar la entrada y conseguir una hipoteca con la que se compró un chalet en una zona residencial del extrarradio de Madrid.

Por supuesto, esta decisión no la tomó solo, Melitón era incapaz de disponer cualquier asunto relacionado con un gasto si no tenía la aprobación de otra persona. En otros momentos hubiese sido su padre, pero esto era imposible, a menos que el espectro de Teodomiro Moreira se le hubiese aparecido una noche para quitarle de la cabeza lo de realizar un dispendio de tal magnitud.

- ¿Pero cuanto vas a pagar por una casa? ¿Estás loco? Aquí están vendiendo el piso de abajo por la quinta parte de lo que te vas a gastar.,le hubiese dicho.

Afortunadamente para él, su padre, que había muerto hacía ya tres años desnucado tras resbalarse en las escaleras mojadas de su piso sin ascensor, no se le apareció. Fue Conchi, su mujer desde hacía ya cinco, quien le dio el empujón que necesitaba para comprarse la casa.

La decisión tardó mucho tiempo en asimilarla, en realidad hasta bastante después de haber comprado el chalet de trescientos metros cuadrados con un amplio jardín, seguía sintiendo el vértigo que le provocó el empujón que Conchi le tuvo que propinar para que se atreviera comprarlo, como si lo hubiese lanzado al vacío.

Era tanto la aprensión que le provocaba la casa, no podía olvidar la fortuna que costaba, que solamente quiso habitar una parte de ella para no estropear el resto. Su dormitorio, el cuarto de baño, la cocina y una pequeña salita era todo lo que se permitía utilizar a diario. Tenía un gran salón con sofás de flores rojas y verdes y dos grandes cuadros de marcos dorados, cerrado con llave y cubierto con sábanas que solo abría para las visitas. En realidad las pocas visitas que recibían eran de familiares y en estas ocasiones abrían brevemente el salón para enseñarles los sofás y los cuadros, como a modo de recordatorio para luego salir y reunirse con ellos en la cocina.

Conchi era del mismo barrio que Melitón, había sido vecina de toda la vida, y trabajaba como ayudante en la consulta de un dentista desde los dieciséis años. No quiso dejar el trabajo cuando se casó con Melitón, quizás como decían los que los conocían porque nunca abandonó la relación adúltera que desde que empezó a trabajar tenía con médico. A casi nadie le sorprendió que dos años después de comprarse la casa,

Conchi y el dentista desaparecieron sin dejar rastro y plantaron a sus respectivos cónyuges. Todos sus conocidos habían intuido que la ayudante del dentista había utilizado al infeliz hijo de Teodomiro como tapadera moral de su relación ilícita. La mujer del dentista dejaría de desconfiar de ella si se casaba y Melitón era la pareja "ideal" para este fin.

Desde entonces Melitón vivió solo y no se le conoció ninguna otra relación.

Ahora con cincuenta y dos años y recientemente prejubilado, hecho que nunca pudo entender ¿ como en lo mejor de su vida la empresa, su telefónica prescindía de él?, no paraba de darle vueltas a la cabeza, sentado en la pequeña salita de su gran chalet, mirando sin ver el viejo televisor sobre una mesita de formica marrón oscura ,arropado por los faldones de imitación de terciopelo rojo de la mesa camilla.

A veces se angustiaba cuando intentaba averiguar el motivo de su vida y no lograba descubrirlo. La ansiedad era tal que tenía que levantarse y tomar un poco de aire en el jardín. Todavía se acordaba del comienzo en su trabajo, de las ilusiones que tenía y como poco a poco y sin percatarse de ello lo único que hizo en su vida fue correr hacia una meta que nunca llegaba y nunca llegó. Culpaba a su padre de ello y a solas gritaba que debería haber pedido todas las gambas que le hubiesen y le habían apetecido.

-<Pero bueno, todavía tenía tiempo. No era mayor y tenía sus ingresos asegurados de por vida, quizás debiera replantearse todo de nuevo y comenzar a vivir y a disfrutar. >

A veces tenía estos pensamientos, sobre todo después de las crisis de ansiedad, y se sentía tranquilo y sosegado, tanto que se quedaba adormilado y acurrucado contra la mesa camilla. Cuando se despertó abrió los ojos y se vio las babuchas de tela a rayas que tenía a medio calzar. La lona estaba rota y descolorida, recordó que se las había regalado Conchi justo antes de dejarlo. Se sintió satisfecho al pensar que se compraría unas nuevas para Navidades. Dentro de tres meses estrenaría zapatilla de estar en casa.